

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

año IV

«Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

Núm. 115

El triunfo de la anarquía.

Agitado, nervioso, por la lectura de la Prensa diaria, donde leí informaciones relativas á los procesos incoados con motivo de los luctuosos hechos acaecidos en Barcelona, quedé profundamente dormido, pensando en la desdichada suerte de un país donde las ideas anarquistas llegarán á extenderse de tal modo por la propaganda, que estallara la apocalíptica revolución, hija de la negación suprema y radical, el *non plus ultra* del delirio ó de la malicia humana...

El *tic tac* del reloj resonaba en mis oídos marcando siglos, y con ellos el incessante avance de la propaganda contra la autoridad y contra la ley, consentida por la misma autoridad y consagrada por los estatutos, reglamentos y Constituciones.

Como cinta cinematográfica pasó ante mi vista un espectáculo terrorífico del desierto. Los tigres, dando pavorosos rugidos, saltaban sobre extraviadas caravanas devorando á los pobres caminantes...

Pasó la película.

Otra nueva representaba una gran ciudad.

A la luz de la luna veíanse suntuosos edificios; unos, por su aspecto, debían ser iglesias pues en ellos remataba la cruz; otros, á juzgar por sus grandes chimeneas, de las que no salía ni la espiral de humo que produce un cigarro, serían fábricas... Mi vista penetraba á través de los bloques de piedra de otros edificios.

Veíanse en unos hileras de camas, en las que yacían las víctimas de todas las dolencias; eran Hospitales. Observé en otros grandes estanterías repletas de libros..

En mi oído resonó de pronto una voz cascada de empleado de *cine* que decía lacónicamente: «Huelga general. Hasta los obreros del alumbrado han abandonado el trabajo».

Nueva cinta cinematográfica.

Hombres, mujeres y niños, cargados con latas de petróleo, recorrían la población con más agilidad que los trigos saltaban en el desierto.

El contenido de las latas se vaciaba sobre las puertas y ventanas de los grandes edificios, que pronto eran pasto de las llamas.

Otras bandadas de feroces criminales arrojaban después grandes bombas de dinamita, que al estallar, con ruido ensordecedor, destruían los más firmes muros, envolviendo á la ciudad en una nube de polvo y de humo que asfixiaba.

Restos humanos eran lanzados por los aires, y entre los ayes de dolor de las víctimas resonaban frenéticas carcajadas de los asesinos. A la luz siniestra de los incendios veíanse danzas impúdicas.

De repente apareció ante mi vista un formidable ejército, pero no para reprimir la revolución, como sospeché, sino para secundarla, pues á las voces de mando de los jefes respondían los soldados haciendo en ellos blanco. Los cañones y ametralladoras arrasaban la ciudad hasta convertirla en un montón de escombros, entre los cuales sólo sobresalían como salvados de aquel siniestro colosal unos cuantos cascos antihigiénicos.

El que parecía ser jefe de todo aquel movimiento brutal y suicida, desde lo alto de un edificio ruinoso gritó á la vez á la muchedumbre:

—Compañeros: La revolución está hecha; hemos llevado á cabo la obra de redención; ya no hay templos, ni dioses, ni autoridades, ni leyes. Ahora, como seres libres, hombres, mujeres y niños, haced lo que os plazca. Nadie pondrá trabas á vuestra libertad; no os explotará ya el capitalismo, porque la ley no le ampara; no os detendrá la policía, ni os condenará ningún juez, porque no existen. Nadie os exigirá tributo, porque el Gobierno queda suprimido. No tenéis más juez que vuestra conciencia... Sed «honrados y benéficos» ó «malvados y criminales», lo que os plazca, pues no hay virtudes ni vicios; la palabra *bien* y la palabra *mal* no representan sino ideas de preocupaciones supersatociosas...

Y aquellas muchedumbres, grandemente fatigadas por el desenfranco de la luctuosa jornada, se entregaron al cansancio, buscando cada individuo su guarida donde pudo, echándose otros al campo raso...

La posesión de las casas que habían quedado en pie, era disputada á tiros y á navajazos diariamente. Los que habían encontrado mejor vivienda, eran *desahuciados* por otros más fuertes. Estas visitas resultaban peor que las del casero, porque había que ceder de grado la morada ó morir, y el que triunfaba corría la misma suerte á su vez, de donde pro-

venía una continua matanza, el imperio de los bravucones.

Como el individuo aislado se consideraba débil para ciertas empresas de fuerza ó violencia contra otros, se formaron sociedades de foragidos que imponían la ley á los peor organizados.

Los cadáveres de estas luchas permanecían insepultos, porque nadie quería tomarse la molestia de trabajar en nada. El médico se servía de sus conocimientos para atender exclusivamente á su salud, á no ser que algún enfermo, que no hubiera perdido del todo las fuerzas, le amenazara con asesinarlo si no lo curaba.

Algunos individuos, para evitarse contiendas, se edificaban en fuerza de paciencia habitaciones donde guarecerse. Tarea inútil, porque otros holgazanes les obligaban después á desalojarlas.

El trabajo consistía únicamente en rebuscar entre los escombros las substancias alimenticias que había en los almacenes que fueron destruidos. Algunos ni aun esa molestia se tomaban, porque obligaban por medio de amenazas á los tímidos á que se tomaran tal trabajo.

La peste y toda clase de enfermedades diezaban á los habitantes.

Los campos se habían agostado por falta de cultivo.

Los árboles habían sido destruidos para construir chozas ó para calentarse con sus ramas.

Y no se encontraban provisiones entre los escombros.

El hambre comenzó á dejarse sentir entre los supervivientes de aquel desierto.

Unos emigraron á países civilizados.

Los que quedaron en el país, completamente desnudos y en estado salvaje, se dedicaron á la pesca y á la caza. Algunos á la antropofagia.

Acabaron por elegir un jefe entre ellos para poder entenderse y adoraron á las plantas silvestres, de las cuales esperaban que darían alguna vez los frutos que según tradición se cosechaban en otros tiempos más felices.

Al fin llegaron al país de la anarquía unos Misioneros, que les enseñaron á los desgraciados indígenas á adorar al verdadero Dios, al Dios que se hizo hombre y redimió al humano linaje sin derramar más sangre que la suya.

Los Misioneros no se contentaron con eso; les dieron también ropas y semillas y les enseñaron las ciencias y las artes.

y sus aplicaciones á la industria.

Algunos de ellos murió mártir por consagrarse á esta humanitaria empresa; pero otros lograron evangelizar á todas las hordas.

Y el jefe, que fué uno de los primeros convertidos, al verse rodeado de súbditos cristianos, de ciudadanos honrados y laboriosos, dijo:

—Jamás permitiré en mi pueblo la libertad de difundir el error ó de practicar el mal, porque entonces nos veríamos otra vez forzosamente sumidos en el salvajismo, en la ignorancia y en la miseria, y yo deseo para mi país el progreso moral y material que trae consigo la civilización cristiana...

Después sentí otra voz. No era ya la inarmónica del hombre del *cine*; era la de mi niña, que, aproximándose á mi lecho, me decía con su encantadora vocecita.

—Buenos días, papá, ¿cómo has pasado la noche?...

EUGENIO ZAVALA

Aún quedan las señales

Un padre habia convenido con su hijo que este clavaría un clavo en un poste del jardín de la casa cada vez que cometiese una falta, y que arrancaría también uno cada vez que se corrigiese de algun defecto. Al cabo de algunos años el poste estaba lleno de clavos, y el joven, avergonzado de aquella prueba de su mala conducta, resolvió enmendarse, y lo consiguió, no sin gran trabajo. El día en que ya no quedó clavo alguno en el poste, su padre le felicitó: pero él no demostraba la alegría que parecía natural, y entonces el padre, indagando la causa, le dijo:

—Ya ves; todos los clavos han desaparecido, y esto debe regocijarte, como á mí.

—Es verdad— replicó él—los clavos han desaparecido, pero quedan las señales.

Y, en efecto, en los primeros años es cuando conviene corregir los defectos, porque si no, aunque pasada la edad de las pasiones nos corriamos, siempre quedan las señales.

Fraudes alimenticios

Llámanse polilactia al hecho de alimentar las vacas con piensos muy acuosos ó de hacerles beber mucha agua ó de ingerirles este líquido poco tiempo antes del ordeño.

Uno de estos casos ha dado lugar á una resolución nueva é interesante de uno de los Tribunales correccionales de París, ante el cual se planteó el siguiente punto de derecho, en materia de fraudes alimenticios:

¿Deben considerarse tales hechos como

delito de falsificación de la leche?

El fiscal sustituto de dicho Tribunal se decidió por la afirmación, acusando al procesado en concepto de falsificador, habiéndose dictado sentencia en el sentido de que las referidas prácticas no constituyen el llamado delito de falsificación por agregación de agua á la leche, pero dan lugar á otro delito de fraude ó engaño en la calidad sustancial de la cosa vendida.

La pena impuesta al infractor fué la de multa de 300 francos é inserción de la sentencia en cuatro periódicos de los de gran circulación de la capital.

¿Qué falta hacía que en España se hiciese algo de esto!



¿Por qué se calumnia al clero?

La causa porque al clero se calumnia tanto ha de encontrarse principalmente en la ignorancia que sobre las verdades fundamentales de la Religión reina en muchas clases, pues claro está que desconociendo lo principal de nuestra fé mal se infiere que se conozca á la institución Sagrada del Sacerdocio en la tierra, cuando esta no es otra cosa, que la misma religión hablando y explicando tal y como aprendió de los labios de Jesucristo las verdades divinas. ¿Y qué cosa más triste es, el pensar, que esta fatal ignorancia religiosa se desarrolla y crece lo mismo en las clases bajas que en las más elevadas alturas sociales? ¿Acaso no hemos visto muchas veces á jóvenes inexpertos y á doncellas depravadas cuidarse más de las modas y los vestidos, de los bailes y del teatro, de las novelas, de los periódicos escritos en un estilo picaresco, satírico é inmoral, que de detenerse á considerar breves momentos siquiera las verdades contenidas en el libro del catecismo? ¿no saben esos tipos pisaverdes, que se pasean por los pueblos, mucho más que de religión y de moral, de festines y comilonas, de toros y de teatros?

Y en esas clases proletarias que forman el mayor núcleo de la vida social ¿no se descubre también ese prurito por las novedades pasajeras, ese tesón por la concurrencia, á los centros del lupanar, de la chismografía, donde á cada momento, Dios, la Virgen, los Santos y el Sacerdote ruedan por los suelos, sin consideraciones y sin respetos de ningún género? Luego á vista de esta inmoralidad y de estos desafueros, ¿podrá respetarse y considerarse como es debido á la benemérita clase sacerdotal? No, de ninguna manera. Dios que es la luz increada, bajó del cielo á la tierra, estuvo en medio de los hombres enseñando la verdad y los hombres ni quisieron verlo y en medio de ellos estaba y no le conocían; y la luz divina que irradió sus rayos sobre ellos, lejos de alumbrarles los deslumbró quedando en las tinieblas por su propio orgullo; la verdad la crucificaron en una cruz y blasfemaron del Cristo que los sacó de la esclavitud.

Lo mismo, hoy, al clero católico representante de Jesús en la tierra, se le apostrofa y calumnia en todas partes, no por que el clero influya en los grandes organismos de la política, porque aunque el clero debe ser político ni de él hacen un concejal ni un diputado, no; al clero de España se le hace la guerra injustamente, porque la mayoría de los españoles no conocen ni quieren conocer la religión que predica el clero y se dejan llevar más por la vocinglería; es porque los españoles no leen con atención la historia de su patria en las épocas de mayor florecimiento en las cuales el clero brilló con luz meridiana y nuestras glorias se cantaron por escritores y poetas de todas las razas; es porque el clero predica la verdad y la obediencia á la Iglesia y España quiere vivir de errores y de injusticias y al amparo férreo del liberalismo.

Más no hay que temer, que si lo mismo que á Jesucristo, al clero se le moteja y calumnia y hasta si se quiere se crucifica, lo mismo que el Señor resucitó, el clero siempre resucita de la muerte á la vida, de las tinieblas á la luz y llegará día en que los hombres estudien la religión y destierren la ignorancia que sobre este punto tienen, y entonces al sacerdote se le considerará como el portestandarte de la religión y el maestro de todas las doctrinas que harán de España una nación inmortal.

ESTANISLAO SANTOS.

CHARLA

—Dígame; la religión ¿no es una cosa muy buena, muy buena que se debe de practicar?

—¡Ya lo creo, como que es divina!

—Eso mismo; luego quiere decirse que si todos la practicásemos el mundo iría como una seda.

—Claro.

—Yo comprendo, si señor, que todo aquél que no la conoce más que por lo que de ella le cuentan cuatro embrollones tunantes, la tiren á degüello y comprendo también que el pillo, el ladrón, el.. ¿cómo se dirá?.. el mocero, se pongan en guardia contra ella, que condena todas esas cosas malas, pero lo que no acabo de comprender es el que algunos de esos que siempre veo metidos por ella y enterándose de todas sus cosas, no sean como yo creo que debieran ser. Ya que se hacen católicos, ¡coíme! serlo como es debido porque sino, ni de Dios ni del mundo, babiecas completos. ¿Habla bien?

—Si, hombre, si, proxigue.

—¿Sabe V. por qué ahora le vengo con toda esta retahíla?

—Tú dirás.

—Porque hay en mi barrio unas, señoras muy ricas y que me consta son de una sociedad que casa á los que viven civilmente y bautiza á los niños que están por bautizar. Todo eso está muy bien, si señor, porque no se debe vivir á lo perro y el que así lo quiera que

se vaya á un muladar, pero, vamos á ver cómo es que una de estas señoras tan católicas consiente que en la fábrica de su marido haya trabajadores casados por detrás de la iglesia y niños sin bautizar? de tres sé yo y ya no digo nada de que la mayor parte de ellos nunca van á misa.

—Quizas no lo sepa.

—Si lo sabe, pero ¿sabe V. lo que me ha dicho á mí, á mí mismo cuando se lo advertí, porque yo soy muy franco y digo las cosas en la cara, aunque sea al lucero del alba?

—Cuenta.

—Que esos trabajadores cumplan bien con sus otras obligaciones y que por lo mismo nada tenía que reprenderles. Y el ejemplo que dan, señora? le dije yo—Eso no es cuenta suya, me respondió. A esto yo contesté: «Sí en vez de faltar á Dios como están faltando, le hubiesen faltado á V. ó á su marido en lo más mínimo ya les pondrían de patitas en la calle á pesar de ser buenos trabajadores» y marché. (Histórico)

Vamos que á mí me parece que no se compagina bien uno con otro, ir á limpiar la casa del vecino teniendo la propia sucia.

—Es verdad que hay católicos poco consecuentes quizás por falta de carácter para ciertas empresas, tal vez por inadvertencia. Dios que ve las intenciones es el que ha de juzgar, nosotros que también habremos de ser juzgados en nuestros juicios temerarios, cuidemos de que estos sean siempre benignos para con nuestros prójimos «*Con la vara que midas serás medido.*» ¿Usaste de caridad con tu hermano? caritativamente serás juzgado y sentenciado. ¿Cuidaste más de sacar sus faltas á relucir? entonces tiembra para el día de la cuenta.

—De modo que lo que deja de hacer esa señora tan devota? está bien?

—Nada digo, porque desconozco los motivos, además que como esas son cuestiones de conciencia Dios y ella se entenderán. Sin embargo, me gusta tu interés en estas cosas, vale más que las mires así que no con indiferencia como otros, pues *el católico por el mero hecho de serlo está obligado á ser bueno en todo.* ¿A que no sabes de quien son estas palabras?

—De algún Obispo.

—De «El Socialista.» Si amigo mio, las palabras, los discursos podrían algo, mucho más el ejemplo; ese lo alcanza todo, ese es el argumento mayor. Nuestros enemigos como nada pueden argumentar contra las excelencias de la Religión Católica, se sirven de algun defectillo, de alguna falta en cualquier católico (mortal al fin) para echárselas de triunfadores... ¿triunfadores de qué? Sí al fin y al cabo llevan la de perder. El catolicismo y con él los buenos católicos han de triunfar en toda la línea, los otros los anticatólicos y los católicos (?) hipócritas esos serán eternamente confundidos si Dios antes no tiene misericordia de ellos, que así sea.

—Pues yo aun quiero decirle otra cosa.

—Dila.

—Ahi tiene V. á D. Ricardo, un hombre muy cristiano, como particular, y como autoridad un desastre, yo no se si por falta de carácter ó por sobra de bondad.

—Sensible es eso, pero Dios juzgará. Vamos á ver, Manuel, ¿por qué te fijas tanto en estos ejemplos de inconsecuencia religiosa y no en esos otros abundantísimos de firmeza católica? Quien desea aprender, perfeccionarse ¿á donde acude? á los buenos maestros á los buenos libros; pues aplícate el cuento y déjate de andar á caza de *gazapos* si no es para sacar de ellos gran provecho y virtud.

En la Iglesia de Cristo siempre hubo buenos y malos cristianos; procura ser de los primeros; para ello tienes una ley por donde guiarte: los Mandamientos y demos el asunto por terminado.

—Pues yo á D. Ricardo también se las he de cantar muy claras, aunque me meta preso.

LOS TRES LUTOS

Cuando el mancebo marchó á la guerra se despidieron de él lacrimosas su triste madre, su pobre hermana y su doliente pálida novia.

En su caballo de blancas crines á la carrera partió el mancebo: las tres mujeres, inconsolables, ¡ay! lo esperaron por mucho tiempo Sin el jinete que fué á la guerra volvió el caballo de blancas crines, y por su dueño le preguntaron al mismo tiempo las infelices.

—Una certera traidora bala le abrió en el pecho sangriento zurco. Corre—él me dijo—dile á mi madre, hermana y novia, que están de luto. El de la novia duró tres meses, el de la hermana duró tres años; el de la madre... ¡duró hasta el día que al cementerio se la llevaron!

Chicharrones Láicos

Don Lesmes Chochineta venerabilísima masón del grado 38, Gran Oriente, Gran Occidente, Gran Mediodía, Gran Maestro, Gran Secretario y otra porción de cosas grandes, pertenecientes á las logias *Los dos cuernos, Veinte Uñas y Rabo de Lucifer*, acaba de quemar el cadáver de su padre *Laicocéfalo* de mayor cuantía, muerto á consecuencia de una indigestión de pecados mortales.

Obtenida en el horno crematorio la paternal ceniza, don Lesmes traslada solemnemente á su casa la venerada compotera y la coloca sobre la consola de su salita de recibir clamando con la sonrisa en los labios:

—¡Oh, civilización moderna! bienvenida seas, puesto que, despreciando las rutinas del antiguo fanatismo nos permites hoy á los hombres ilustrados tener

en casa los restos de nuestros queridos progenitores.

En efecto; la masonería, para deshacerse de las sepulturas cristianas, que siempre le agradaron poco por lo muy claro que recuerdan á los tunantes de la tierra el día no lejano en que Dios ha de ajustarles las cuentas atrasadas, inventó hace tiempo el quemar á los nuestros, y guardan sus cenizas en elegantes urnas como hacían los antiguos paganos.

Don Lesmes, que lo es y mucho, aunque en su vida pagó una deuda, está muy entusiasmado con esta novedad.

Extasiado ante la fúnebre tabaquera que por fuera se asemeja á un tarro de albaricoques en conserva, se regocija pensando en las grandes ventajas del progreso moderno que para todo tiene barnices bonitos, hasta para disfrazar las tristezas de la muerte.

Pero, cuando se halla en lo mas elevado de su meditación, tocan á la puerta y se presenta su amigo Burrini, antiguo compañero de la infancia.

Don Lesmes alarga la mano al recién llegado, y señalándole con la otra el tarro de los paternales chicharrones le habla de esta manera:

He aquí, querido Burrini, el legado más precioso que pudiera haberme hecho el autor de mis días. Ese polvo que ahí ves es suyo; es el polvo de la...

Don Lesmes va á continuar, pero en aquel momento su criada Ruperta le llama para pedirle un «perro chico».

Don Lesmes sale de la estancia por breves instantes. y mientras sale, su amigo Burrini, picado por la impaciencia y la curiosidad, sin esperar el fin de las explicaciones comenzadas, se aproxima al frasco y lo destapa para ver lo que es.

—Ah, picarillo—exclamó sonriendo—me lo pensaba. ¡Rapé extranjero! Se conoce que el viejo era aficionado.

Y, metiendo los dedos en el supuesto rapé, empieza á sorberlo con verdadera codicia por sus dos gigantescos narigales.

—¡Achiss! ¡¡Achissss!! ¡¡¡Achisssss!!!—
¡Momento solemnisimo!

Don Lesmes que dió ya á la Ruperta el perro solicitado, penetra en la estancia, y al ver á su amigo haciendo gestos, se come la partida.

—¡¡¡Desgraciado!!! exclama dando un espantoso rugido; ¿qué estás haciendo? ¡Estás sorbiéndote á mi querido padre; al autor de mis días!

—¡A tu padre!

—Si, Burrini: esas son sus queridas cenizas que tu, amigo ingrato, acabas de profanar.

Burrini queda estupefacto.

Después, acometido por espantosas náuseas, da un respingo, tira el frasco y corre como un desesperado en busca del pilón de una fuente.

Don Lesmes echa tras él.

A las carreras el gato del Gran Oriente, que es también un gran gato, sale espantado y bufando como un diablo.

Más al poco rato el pobre animal, asustado aún, vuelve á la sala, y, al ver el suelo lleno de ceniza, aprovecha la ocasión que se le presenta para descargar en ella el peso de sus emociones.

—¡Ah! insolente,—grita en aquel mo-

mento Ruperta —que acaba de llegar de la tienda de enfrente con el perro con vertido en macarrones.

—¡Habrás visto animal más desparado! Yo te daré lo que mereces. Más..... calla ¿quién habrá puesto aquí esta ceniza? Viene pintada para darle la debida aplicación.

Entonces coge el tarro, acaba de verter su contenido sobre el cuerpo del delito, y envolviéndolo todo cuidadosamente lo lleva al lugar mas oportuno para verificar el correspondiente entierro civil.

ESCENA FINAL

(Don Lesmes llora ante la urna vacía)

—¡Cenizas queridísimas de mi digno progenitor! ¿dónde estais?

—¡Las cenizas, señor? — contesta Ruperta. Las he aprovechado para tapar la.....pero no se aflija usted, que si necesita usted ceniza yo traeré otra mejor de la cocina, donde acabo de quemar un alcornoque

(Cae el telón)

ADOLFO CLAVARANA

Consejos al obrero

—:—:—

Vamos á ver; viene un soliviantador de espíritus que llaman leader y se pone á gesticular y hoccar desde una mesa ó tribuna, diciendos:

Obreros: la redención está en vuestra fuerza, en vuestro denuedo... Recurrir á los gobiernos para aliviar vuestra situación, es tiempo perdido.. esperar de los filósofos, es locura... apoyarla en la religion, inútil. No hay Ser Supremo; no hay religion. ¿La moral? Es cadena para no poderse mover... romped esos grillos; romped toda dependencia... Todo eso, no es otra cosa que esclavitud más ó menos di-imulada... No hay que temer á nada ni á nadie. El hombre es libre. No hay Propiedad; lo que hay es posesion, es decir, el hecho de tener agarrada fuertemente cada cosa.

La tierra es de todos y de ninguno: que la invada ó que la defienda el que tenga más fuerza. No hay patria; lo que existen son denominaciones de las localidades.

No hay leyes, puesto que para ser respetables y obligatorias deberían provenir directamente del que hubiese de observarlas. No hay que titubear; la felicidad está en disfrutar de estos bienes de la tierra. Vosotros sois infelices, porque estais desposeídos de todo; ellos son dichosos, porque están provistos de todo... Ese lujo, ese empleo de lo supérfluo en los ricos, es un atentado contra vuestra pobreza y una mofa á vuestra desnudez. No hay otra Religion, ni otra ley, que la que conduz a á restituir al hombre á la igualdad, cueste lo que cueste.

Vosotros sois muchos, ellos son pocos. ¿A qué teméis? ¿A qué aguardáis? En vuestras manos está el poder de realizar la felicidad que apetecéis...

Suponed, digo, que después de este discurso ú otro parecido, compendio de filosofía anárquico-socialista, se levantan las masas en revolución y se produce el choque entre ellos y vosotros, los ricos y los pobres.

Suponed, que impulsados por el huracán de vuestras iras os lanzáis al mar tempestuoso de la guerra civil... Bien pronto en lugar de las armonias que os ofrecian y de la felicidad con que os brindaban, oiréis la voz del trueno, y á la luz del rayo siniestro veréis los escollos y los abismos en que se han trocado aquellas palabras del infatuado leader...

Ya os dije en otra ocasión, que la violencia no podía hacer milagros; que la violencia, si venía de arriba no podía durar mucho, que si venía de abajo duraba menos y con perjuicio evidente del que la usa; que las consecuencias las pagaba el pobre más que el rico y que por ende teníais

mucho que perder en esos actos de fuerza...

No os hablo de la pérdida espiritual, de la Religion y del alma. Trato de la pérdida material, de la pérdida de lo poco que tenéis.

Os han dicho; podéis incendiar, destruir caminos, telégrafos, edificios, puentes, sin que os pare perjuicios... y en efecto, los habéis destruído; habéis incendiado etc, etc, ¿qué resulta ahora?

Para reparar los caminos, los puentes y telégrafos destruídos, hay que aumentar los impuestos.

En la lucha han muerto muchos combatientes; hay que reforzar el ejército... Las gentes han cobrado miedo al robo, al incendio, y exige del gobierno soldados y quintos; y quintos serán los hijos del obrero que debían estar de otra suerte ayudando al padre á ganar el pan.

La destrucción de caminos y de ferrocarriles, etc; ha dificultado los transportes, ó los hace imposible por algún tiempo; en consecuencia los artículos suben, tendréis que pagarlos más caros.

Como ya no hay seguridad en la industria, ni en las vías ni en las ciudades, á causa de vuestros alborotos, muchos capitales se retiran y los que perseveran en las especulaciones mercantiles é industriales sacan mayor rédito, reclaman é imponen más ganancia por el mayor riesgo y la menor concurrencia... y claro, que esto produce carestía para el pobre.

El que tiene tierras, y fábrica pan, y vende carne, y despacha el vino, y teje el lienzo y hace zapatos, como se vé abrumado por las nuevas contribuciones del Estado por atender á los perjuicios de la revolución y mantener mayor número de soldados, venden más caros el pan, la carne, el vino y los zapatos.

Los ricos que antes vivían en nuestras ciudades, desconfiando de la seguridad y buscando paz y sosiego, van á gastar sus rentas á otros países.

Como consecuencia de esto, no se hacen obras y no tenéis trabajo.

¿Pues, qué harás tu pobre obrero? ¿Implorar la caridad pública? Pero la caridad no puede andar muy allá ni muy limosnera donde no hay ganancias, y acaso se resfríe del todo para tí, diciendo que tu desgracia, es obra de tus manos.

¿Irás al hospital ó á una casa de Beneficencia? Enhorabuena; que para eso la religion tiene siempre entrañas de madre; pero la pobreza y el desorden del Estado y la falta de recursos, se refleja allí de una manera bien deplorable. El Estado no puede atender á esos asilos por los gastos que ocasionaron los disturbios, y los ricos, unos hicieron emigrar sus capitales para asegurarlos y los otros conservan su parte de egoismo y miran como castigo justo, la nueva miseria del pobre...

No olvidéis, queridos obreros, que cuando os esforzáis por perder á otros, trabajáis por quedar perdidos.

Cuando destruis cualquiera valor, destruis vuestra propia riqueza; que como decía la insigne escritora gallega, Arenal, cuando encendéis una hoguera para arrojar á ella los títulos de propiedad, habéis de apagarla desventurados! con vuestras lágrimas y con vuestra sangre.

No se requiere mucho fósforo en el cerebro para alcanzar estas verdades, sino que, la pasión os ciega á veces y os hace desgraciados.

El obrero tiene lo preciso para no sufrir hambre y frío; al menor trastorno que le quite un día de jornal ó que aumente los objetos que consume, cae en la miseria. El rico perderá cien reales, mil pesetas, cuando el obrero pierde un solo real ó una peseta; pero la falta de este real ó de esta peseta significa para el pobre carencia de pan, y la falta de cien reales ó cien pesetas, solo podrá significar para el rico la privación de alguna cosa supérflua.

¿Tenéis, pues, ó no tenéis que perder? Pensadlo

ROSENDO ESPÍNEIRO

POSTAL

A mi antiguo y entrañable amigo

H. de la C. en Madrid

¡Que preguntas tienes en ocasiones, simpático

curiosillo! No importa, voy á contestártelas, que siempre me complació mucho el comunicarme contigo.

Pues cuando tomo la pluma para estampar mis ideas en el papel con objeto de propagarlas, he aquí lo primero que pienso. Cristo Dios se hizo hombre por amor al hombre y por este mismo amor llegó á sufrir muerte en cruz y si lo que sufrió por todos fuese preciso sufrirlo por la salvación de una sola alma, amor tenía para tanto. ¡Señor, me digo yo después, si lo que voy á escribir no ha de ser á tu mayor gloria y bien de mi prójimo; si mis palabras pudieran contribuir á entristecer en Ti ese inmenso amor que nos dispensas, antes quede inútil mi mano, que mi mente, todo mi ser, antes la muerte, Dios mío!

Y fortificados así mis pensamientos y mi voluntad, me pongo á escribir.

¿Que cómo escribo las *Charlasy* las historietas? Muy sencillo; vivo entre obreros; les digo constantemente sus quejas, sus objeciones, sus agudezas respecto de esta ó de la otra cuestión religiosa ó de actualidad, y con trasladarlas fielmente al papel, junto con las anotaciones consiguientes tomadas de buenos libros... he ahí todo. Como ves, soy en esto un mero copista. ¡Hay, quién me diese la fuerza de persuasión, la elocuencia de esos hombres de talento, talento que algunos emplean tan mal, para que conversando con mis queridos compañeros de trabajo los obreros pudiera desengañarles de muchas cosas malas que sus explotadores los enemigos de Cristo, les quieren hacer pasar por buenas!

Pero en fin, hago lo que sé y puedo y seguiré haciéndolo mientras Dios me de vida, salud y medios para ello.

Por último me preguntas si «El Amigo del Pobre» prospera. Si, amigo mio, sí, mas de lo que yo puedo imaginarme; como que está próximo á nuevas reformas... ya verás, ya verás. Lo que más satisfacción me causa en esta agradable tarea que me he impuesto es que los obreros de aquí y de fuera lo desean y lo piden, lo leen y lo comentan con acierto, prueba palpable de que el obrero lo que necesita es sana doctrina, y buenos ejemplos que su corazón no está tan pervertido como dicen.

Y nada mas. Siempre tu affmo.

J. O. F.

OBRAS TEATRALES

En nuestra Admon. tenemos á la venta las siguientes Obras teatrales á propósito para sociedades obreras:

JAUIJA.—Juguete cómico-lirico-filosófico-social en un acto y tres cuadros. Precio una peseta.

METING SOCIALISTA.—Episodio de actualidad en un acto y tres cuadros, una peseta.

EL SEÑORITO.—Juguete en un acto y en verso; una peseta.

Certificados 0,25 de pta. más.

Colecciones de «El Amigo del Pobre» 1906, 7 y 8 á 2 ptas. colección.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. M. R.—Albatera.—Pagada su suscripción hasta fin del año actual.

D. José Sánchez—Pagado hasta el mes Octubre de 1909.

Gijón.—Tip. «Popular»